

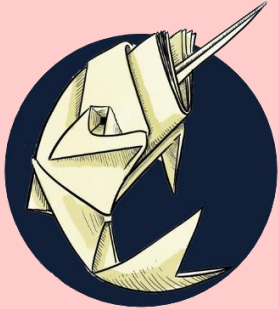
Una



sensación

primaveral





Esta es la revista del Narval.

**Un proyecto para compartir, para crear y para
inspirarnos entre todos.**

Hoy nos esperan las flores, los insectos y el calorcito.

¿Zarpamos?

Índice

Griz , por “Karlitos”.	4
Recuerdos anaranjados , por Ángel Boccoardo.	9
Oquedad , por Daniela Lescano.	11
Oda a la primavera , por Lucía Rodríguez Grivarello.	17
Coloreando sentimientos , por Andrea Vega.	27
Matar el invierno , por “Bahuno”.	32

Griz,

(con la misma z que “paz”)

por “Karlitos”.



Que cosa única el arcoíris, tras los ojos de mi perro, que mueve la cola contemplando solo una escala de grises. Para él, el firmamento cubierto de mayo y el de Diciembre, o el radiante de septiembre, se ven curiosamente iguales.

Su suerte.

Nunca ha de temerle al Cielo.

Qué hermosura lo diverso en tu jardín... de noche.

Cuando las rosas rojas son capullos temerosos, escondidos; y en sus espinas, la sangre de los enamorados se confunde con las gotas bondadosas del rocío.

Bajo aquella oscuridad, tan poquito se ve el camino, que, por primera vez, puede que no te sientas perdido.

Mi gris es tranquilidad, porque el rojo del amor me da demasiado miedo; y el amarillo y verde del girasol solo me la recuerda a ella.

La paz es gris porque para encontrarla, y al equilibrio, y a la calma, hace falta mucha sabiduría. Y dime si no le sobra a ese anciano de treinta años que esconde sus primeras canas.

En el gris y el blanco y negro nace la fantasía y la libertad de poder pintar el mundo con tus colores. Sin que nadie venga a decirte que los ojos del Jesús son más azules, o que la piel de los que más tienen es clara.

En mi gris está la esperanza, porque los jazmines pueden volverse negros, verdes o violetas, como le gustaban a mi hermana.

Mi gris surge de aquel sol que abandona todo su brillo, cuando se encuentra de frente a la luna, en un eclipse. Ese momento en que hasta las sombras se desvanecen y todo parece encontrar otro sentido.

En mi gris hay confusión, pero gris es el gorrión y nunca lo he visto triste. Solo vuela libremente y salta de charco en charquito, dejando profunda su propia huella en el barro. Ese mismo barro, gris, que abraza las manos de mi amigo el ladrillero, para quien el futuro se ve bastante negro. Si logro arrancarle aunque sea una sonrisa, tal vez se lo vuelva un poco más gris.

En el gris están todos los colores, los de la vida, solo que manchados con un poquito de oscuridad, como en la vida.

Este gris es mío, único, me lo robé de los ojos cristalinos de mi padre, mientras me despedía.

A mi gris lo han expulsado de la primavera, porque no se ve muy bien en las redes ni encaja con las acuarelas. Por eso ahora se le ha dado por viajar, sin barrote. Es amigo del otoño cuando tiene que soltar sus hojas; se entromete en el invierno para vestirlo un poco; y hasta llega en año nuevo para tomarse unos mates con el verano.

Porque él no hace diferencias con nadie. Porque para gris son todos más o menos iguales. Porque él solo quisiera ser parte...

Se escabulle en el silencio, siempre humilde y tranquilito, siempre calmado en términos medios, sin siquiera atreverse a pedir que lo traten como color.

Karlitos (Pseudónimo)

“Escribidor por urgencia (no alcanza para 'escritor'); según la psicóloga, un buscador y artista (*insertar meme de Shrek*). Y nada más, porque hacer autodescripciones me trae crisis existenciales.”

Recuerdos Anaranjados,

por Ángel Boccardo.



Todo la llevaba a ese lugar, a ese recuerdo, a esa estación del año, a ese momento, a ese segundo, a ese preciso instante, en que su vida cambio para siempre, no volvería a ser la misma.

Era el inicio de la primavera, nunca olvidaría ese amanecer lleno de naranjas ¿O eran rojizos? No, eran naranjas se decía luego de dubitar unos segundos. Esa mañana en particular, se levantó más perceptiva que de costumbre. Nunca fue muy observadora de sus alrededores, la naturaleza, su entorno, las personas, incluso de su propia familia. Pero esa mañana era diferente, se levantó más perceptiva que de costumbre. Se sentó en el baño mientras revisaba el correo electrónico en su nuevo celular.

Cuando salió, puso la pava a calentar en la hornalla. Nunca le llamo la atención eso de pavas eléctricas y demás cosas modernas y novedosas en la cocina, prefería hacer las cosas a la vieja usanza. Estaba tan distraída qué, al mirar el reloj del teléfono, se dio cuenta que había pasado más de una hora desde que se levantó.

-No puede ser- se dijo frunciendo el ceño -debe haber algo mal. -

Encendió la televisión y puso el noticiero, siempre lo hacía mientras tomaba mate con tres chorritos de edulcorante en el termo. Antes tomaba mate amargo, pero su ex novio, no soportaba la amargura y poco a poco se fue acostumbrando al mate dulce, pero eso sí, sin azúcar, que lo lava y le saca el sabor a la yerba. Ya había pasado el pronóstico del tiempo, estaban en la sección de economía, pero no podía ser, no había estado tanto tiempo en el baño, aunque la televisión dijera lo contrario. Eran las ocho y media de la mañana. Debería haber salido al trabajo a las ocho y cuarto para alcanzar el colectivo 124 que pasaba ocho y veinte por la parada de Neuquén y Caracas, que hacía que se pueda bajar en Avenida Corrientes y Junín a las ocho y cincuenta aproximadamente, para entrar a la oficina a las ocho y cincuenta y ocho, como hacía cada día de su vida.

Se desesperó.

Rayos anaranjados entraban por la puerta balcón del patio del primer piso del edificio de Avenida Gaona. Eran de un naranja intenso, que daban a parar contra las paredes amarillo girasol de la cocina, volviendo anaranjado todo el departamento. Esto había sido así desde siempre, o por lo menos desde que se construyó el edificio, pero la realidad es que jamás se había dado cuenta de los juegos del espectro luminoso que mañana a mañana ingresaba en forma de rayo anaranjado. Pero esa mañana en particular, se levantó más perceptiva que de costumbre.

Voló a la habitación, tomo la ropa – siempre la dejaba preparada la noche anterior para no estar buscando qué ponerse a último momento – y comenzó a cambiarse tan rápido como podía. El agua seguía calentándose en la hornalla. El noticiero daba el porcentaje de inflación del mes. El vecino de arriba iba de un lado al otro, probablemente, preparando su inicio de día. No solía escucharlo, ya que a esa hora ya no se encontraba en su casa.

Se vistió lo más rápido que pudo, apagó la hornalla, y salió corriendo a la parada del colectivo.

Al salir a la calle quedó enceguecida por la luz solar, cerró los ojos con fuerza y se le llenaron de estrellas. Le tomo unos segundos recuperarse. Sintió como ese calorcito matinal le calentaba el cuerpo, era agradable, se sentía como si no hubiese salido de su casa y ese anaranjado que invadida la cocina a través de la puerta balcón del patio la acompañara en cada uno de sus pasos. Nunca había tenido esas sensaciones, pero esa mañana en particular se levantó más perceptiva que de costumbre. Caminó a paso rápido, casi un trote ligero. Paso por la casa de iluminación de la esquina que estaba abriendo. Saludó al dueño de la tapicería de mitad de cuadra, que estaba levantando la persiana – siempre lo veía apoyado sobre el auto, a la espera de que llegue su jefe para abrir el negocio-. Se cruzó con varias personas que no conocía hasta por fin llegar a la parada del colectivo. ¡Hasta el local de las medialunas estaba abierto! Era un mundo nuevo para ella, los sonidos de la mañana – algunos agradables y otros no tanto- y el reflejo anaranjado

que aún se mantenía en el aire, la hacían sentir en las nubes, incluso al momento de subir al colectivo se preguntó si no estaba soñando. Sintió un aroma que le resultaba familiar, con los ojos cerrados lo busco, inclinando hacia arriba la nariz, como un sabueso que busca el rastro de la presa. Cuando por fin identifico de dónde provenía, abrió los ojos y quedó paralizada. Se le aflojaron las piernas. Lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, recorriendo sus mejillas llenas de pecas rosadas, hasta chocar con una sonrisa que hacía mucho no sentía. Parecía que se le saldría la boca de la cara.

Se acercó cómo pudo, pidiendo permiso entre los pasajeros del colectivo, con las piernas aún temblando, muerta de nervios, con ese aroma impregnado en las fosas nasales y en el cerebro, despertando un millón de recuerdos de cuando era niña, de amaneceres anaranjados, llenos de esplendor, de un calor que solo el amor de una madre podría equiparar, amor que no sentía hacía vidas, desde que su madre las abandonó como si fueran una bolsa de ropa vieja. Y aquí estaba nuevamente, sentía que tenía 11 años otra vez, cuando sintió por última vez ese aroma frutal que emanaba el perfume que usaba su madre. Si no fuera por él, quizá jamás hubiese reconocido a esa mujer que tanto amor daba sin pedir nada a cambio, pero hoy se había levantado más perceptiva que de costumbre.

Ángel Boccardo

Oquedad,

por Daniela Lescano.



en tu azul te sumergís

en ese azul

de silencios

tan llenos de palabras

de a ratos

se siente como un mar feroz

un puño

que te asfixia

llorás un poco

moqueás

te decís

que no te duele

que ya pasa

que está bien

los hijos

son hijos de la vida

flechas lanzadas al viento

bla bla bla.

pero tu corazón

es de madre real

no de frases de autoayuda

y galopa acelerado

al rojo vivo

ni tu jardín

habitado de verde

te da paz

o sí un poco

tal vez

va a estar bien te dicen

este país

es un desastre

los jóvenes

no tienen futuro

lo racional

tan blanco sobre negro

tan rectilíneo

es incapaz de conjurar

el azul de tu tristeza

lo imaginás

del otro lado del mundo

con su juventud brillante

con su hombría

frente a ciudades ajenas

con sus ansias

de tragarse la vida

en todos los colores

hasta ayer

estaba en tus brazos.

sonreía

le hablabas

se demoraba
en tu pecho generoso
los dos se llenaban
de amor recién estrenado.

el tiempo que se mide
hace estragos
el bebé
se vuelve hombre
y se va
te deja

en tu mirada
de ojos oscuros
hay un desgarro

es un segundo puerperio
de habitación vacía
de objetos quietos
de rincones baldíos

las lágrimas

por fin

llueven en diluvio

y llorás la partida

sobre tu pecho desolado

Daniela Lescano

“Escribo desde chica, porque adoro las palabras.”



Oda a la primavera,

por Lucía Rodríguez Grivarello.



La primavera

Como un hada doncella,

Me enseña de las estrellas.

Pues sólo ella

Sabe los secretos que destella.

En mi casa es bienvenida

Donde yace más de una batalla perdida,

De lo que ya no fue.

Cuando se degusta la libertad,

Qué difícil es volver atrás.

Me desconozco absolutamente,

Y hoy más que nunca,

Me honro fielmente.

A mis ancestros les agradezco,

Por la fortaleza que por dentro, me hacen rugir sus vivencias.

Porque para estar yo acá,

Han de haber de sufrido muchas más en el tan allá.

*Es un privilegio poder escribir,
Ya que no hay lujo más certero
que expresar lo sincero.*

*Y sin el resurgir primaveral, yo seguiría siendo un triste peral,
Esperando que algún día
Viniera una coliflor
A darle un poquito de calor.*

*Soy la primavera, soy el invierno y soy la que espera
A que nieve bajito
Para ver los copitos.*

*Porque en la nimiedad de la vida
Se encuentra la esencia escondida
Y toda agazapada la vengo teniendo acostada
A mi creatividad desalmada
Que me sigue desde esa gran corazonada
Y ahora una puerta alada*

Se abre ante ella

Para dejar abrir sus alas heladas

A la encomendada cascada

Y mi cuerpo como canal

Recibe la información celestial

Que ahora aprendió a presenciar

Sin juzgar ni limitar

Para así poder andar

Con mi alma en ese manantial

Así que sin vos, primavera

Yo seguiría en vela

Pues de los ciclos se trata

Comprender para volver

A lo esencial de la vida

Que tira siempre hacia arriba

Aunque no lo veamos enseguida

Sólo las estaciones forman pasiones

La de vivir sin razones

Mejorando el cálido abrazo

Pero sin dejar de apreciar el trabajo

Que siendo humanos en lo bajo

Conocemos la receta de la divinidad

Que se esconde

En cada gota de mar

Honro la cordura

La eterna cordura dentro de mí

Que transfigurada por la locura

Siempre se vistió de herradura

Para desaparecer en un papel

Hecho de barquitos

Que la llevaron a mi Edén.

Y hoy, entre los árboles sagrados del atardecer,

Me elevo en un llanto por pertenecer

Al mundo mío

Que he llevado dentro

Por tantos años sin poder ver

Quién era en verdad el renacer

Y a vos papá te quiero agradecer

Por existir además de vivir

Por darme las llaves de mi futuro

Y estar conmigo a pesar de lo duro

Por cada café que nos hemos tomado

Brindo por el ser que se ha transformado

Y el pajarito que alguna vez estuvo encerrado,

Y quién sabe, tal vez murió al desayuno,

Hoy vuela en mi casa y me saluda cuando escribo

Porque no hay nada lo suficientemente oscuro,

Par evitar que nazca lo más puro

Y existí gracias a vos.

Pero ahora existo para distanciarme de mí

Esa Yo que quería acercarse a vos siendo lo que no era.

En mi encuentro conmigo,

Lo más luminoso brilla en su camino.

Y así nos vislumbramos a distancia

En un abrazo que nos quema

Que se acerca y retrocede para que los más altos seres

Sean presentes de acá a nuestros placeres.

Para que vos y yo por fin

Podamos ser dos aves

Que se nutren al confín

Para soñarse y acompañarse

En esta danza sin ultranza

Que es la vida entre comidas

Y el respaldo de tu ser

Lo siento por dentro

Junto a mi más profundo

Y pasado padecer

Porque ahora vuelo sola

Gracias a tu ayuda

Y la de mi cordura

Que me mantuvo a flote

En los tiempos de brote

Y te saludo desde acá,

Desde mi barco de papel.

Que si bien nunca supiste hacer

Yo ahora te lo puedo mecer

Para acompañarte y leerte unos cuentos

Que tanto necesitás desde hace un tiempo

Porque la magia se hereda

Vos me hiciste bruja

Y nunca dudaste que algún día

Yo sería el salvavidas

De mi propia y auténtica salida

Como una sombra

Desvanecida en seres

Que dejaron de sentir

Que en mí debían vivir

Nunca voy a olvidar esa tarde de té

En que los arboles me ayudaron a quererte

Y el viento vino a cuento

Para que todo sea

Lo que vino a ser correcto.

Creo que estuve enamorada de un fantasma

Hubo en mí tanto tanto dolor

Que conviviendo con el ardor

De una pasión sin vivir

Al final se dejó morir

Y a ella la entierro

Con velas, flores y un sueño

Porque ya rindió a su dueño

Y ahora puede trascender

Hacia un nuevo amanecer

Me encuentro sin creer

Que los sueños estuvieron siempre dentro

Y ahora juegan el camino y el encuentro

Para abrazarme en saberes

Momentos y placeres

Y empezar, desde este confín,

A ser yo, la del principio al fin.

Lucía Rodríguez Grivarello

“Escritora mágica emergiendo de las profundidades. Ex abogada y amante perenne de las letras.”



Coloreando sentimientos,

por Andrea Vega.



¿Alguna vez se han preguntado por qué la vida a veces nos hace variar en nuestras emociones? Por ejemplo, un nacimiento por lo general nos da alegría, una mudanza nos puede causar una mezcla estrés de felicidad, una muerte nos genera mucha tristeza, melancolía, una separación nos da dolor. Y así podríamos seguir con una serie interminable de hechos que nos pueden ocurrir en la vida cotidiana, siempre relacionados con un sentimiento.

Esta breve introducción es más que nada para contarles que yo me dedico a la pintura, soy pintor desde que era muy pequeño y mi trabajo en general es poder plasmar a través de formas, colores y hasta texturas de situaciones. Esa es mi especialidad: las escenas de la vida. A veces me pagan por pintar escenarios recreados como las que hacía el pintor Caravaggio con sus actores vagabundos y sus escenas bíblicas, otras veces simplemente me gusta agarrar un lápiz observar y dibujar el entorno que me rodea.

Pero lo que me caracteriza como artista no es simplemente lo anteriormente nombrado, sino la soltura de la mezcla de los colores, es decir: no los veo del todo nítidos. Más bien veo los tonos según lo que han contado en gama de grises con algunos destellos de colores.

Se estarán preguntando entonces como hago para pintar si más que leer los nombres escritos en los pomos no sé qué es lo que estoy poniendo. Simplemente se me antoja pensar e imaginar que será una buena combinación. De igual manera tengo una asistente que me ayuda y, a cambio, yo le enseño la parte técnica de la pintura y el dibujo. Pero lo más sensacional de todo esto que les estoy contando es que cuando las personas sienten de manera pasional yo puedo ver de qué color se ponen. Es así como ustedes lo están leyendo: cuando la gente tiene sentimientos fuertes yo puedo ver como “cambian de color” y solo allí puedo ver con pura claridad y nitidez los colores y por supuesto se cómo se siente la gente.

Vamos a poner un ejemplo más palpable: a veces voy a los velorios de gente que no conozco para poder representar en su esencia más pura el dolor, el desgarramiento del corazón, el horrible sentimiento que se termina el mundo. En este caso los colores que veo son de unos grises, azules profundos, negros atroces que rodean a las personas.

En cambio, cuando me encuentro en una fiesta los colores que más rebosan son amarillos, naranjas y hasta a veces un poco de verdes. Y cuando visitó algún parque eso sí que es una experiencia extraordinaria: ahí logro visualizar todo el espectro del arcoíris, los niños se divierten, los amigos se juntan a tomar mate o a jugar un picadito.

Un día caminando me encuentro con un puente en el que decidí sentarme como en el borde para dibujar algunos barcos que se veían de lejos, como me encontraba medio escondido en una de las estructuras del coloso mientras me disponía a sacar el cuaderno y mi pluma rotring para hacer detalles más específicos. Y siento que alguien se acerca, cada vez más hacia donde estoy sentado, pero cuando miro me doy cuenta de que la persona no se había percatado que me encontraba ahí. Observo un poco más la situación y me doy cuenta de que a cada paso que daba la persona el brillo de negrura entre azul y el negro más intenso que se les ocurra emanaba la persona. Me doy cuenta de que es una mujer y que se está acercando cada vez más al borde y que se sube en la cornisa y se queda parada ahí, en los siguientes minutos reaccioné y entendí cuál era su cometido: la chica quería tirarse del puente. Automáticamente salí de mi escondite e intercedí:

-Hola- le dije.

La chica dio un respingo breve, giró su cabeza hacia el lado donde me hallaba y me dijo simplemente:

-Hola- habló con mucho entusiasmo. Lo que vi es que la negrura se mezclaba con unos leves tonos rojizos: supe que estaba un poco enojada porque alguien atrasó su objetivo. Instantáneamente le pregunté:

-Mi nombre es Alejandro. Y vos ¿Cómo te llamas? - La chica me miró con mucho fastidio, pero no dejó de responderme.

-Me llamo Emilia. ¿Qué estás haciendo ahí espiándome?

-Yo no estaba espiándote, solo me encontraba dibujando el paisaje frente nuestro y de repente apareciste- A continuación, le pregunté algo que la dejó perpleja. ¿Estabas a punto de saltar del puente? Emilia me miró y demoró un momento en contestarme, probablemente pensando que excusa me iba a decir.

-En realidad me gusta mirar el paisaje, como vos lo dijiste. Se quedó callada luego abrió la boca y agregó. -Es la excusa más estúpida que acabo de decir. Si iba a tirarme hasta que desbarataste mis planes. -

Me adelanté a preguntarle: - ¿Acaso te encuentras en las más profundas de las tristezas? - Se sonrojó con un color violáceo y de a poco fue bajando la intensidad del color rojizo y negro que la cubría.

-Sí, estoy demasiado triste como para pensar es eso lo que pasa-

- ¿Y cuál es el motivo para que te encuentres en esa circunstancia?

-Me di cuenta de que luego de que me abandonara mi novio, me echaron del trabajo, y me quedé sin amigos porque todos se relacionaban con el entorno de él. Mis padres no se interesan en lo más mínimo en lo que me sucede, no me escriben ni me llaman, simplemente estoy sola en este mundo.

-No estás sola yo, me acabo de preocupar por lo que te estaba sucediendo. Podemos ser amigos. -

- ¿Y cómo sé que no sos un psicópata que quiere asesinarme?

-De alguna manera tampoco te importaba recién cuando te ibas a tirar que era lo que te iba a suceder. De todas formas, no soy un psicópata. Soy un simple artista plástico daltónico.

- ¿Daltónico dijiste? ¿Y cómo haces para pintar?

- Si me aceptas un café te lo cuento detenidamente.

- No tengo nada que perder realmente. - Se bajó y esperó a que yo me bajara y fuimos juntos al primer café que encontramos. Los colores que develaban antes desaparecieron para darle lugar a un tenue pero hermoso color amarillo nacarado.

A partir de ese momento nos hicimos mejores amigos. Ese día me enteré de que Emilia tenía una depresión muy fuerte y todo lo ocurrido la había desestabilizado. Le conseguí trabajo en una de las galerías con las que trabajaba, se hizo buenos amigos y hasta encontró pareja, una chica llamada Elisa.

Es el día de hoy que me aconseja qué colores seguir y nunca más volví a ver estos profundos negros que ese día me asustaron.

Andrea Vega

Matar el invierno,

por “Bahuno”.



algún día, en algún lugar de tierras pantanosas, un viajero inocente plantó una semilla. La tomó de su bolso de cuero, pasó sus dedos alrededor de ella, y sonriendo la lanzó al viento, para que la llevara a buen puerto y, tal vez, convertirse en un árbol. La semilla decía cosas muy extrañas, que la tierra tardó en entender. Balbuceaba palabras de libertad, de dios, de lo bueno, de lo malo y de lo que podría ser. Soñaba con el mañana, con un alma unida, con un bosque, lleno de generaciones que saldrían de sí misma. La cáscara le dibujaba una imagen con pólvora: los nuevos pueblos, las nuevas mentes, el progreso y convertir el horrible pantano autóctono en algo nuevo, lleno de frutos que compartir, en una meta, en un cielo nuevo y gente que lo construya, estrella a estrella. En sus pequeñas raíces fluyeron las ansias, las ganas, la comunidad, el amor y la patria. Desde su tronco, el peligro parecía una flor que se animaba, de vez en cuando, a florecer mirando al sol y a un bien mayor, difícil de entender desde la sangre.

Con el tiempo, un jardín tomó lugar. Con él, la gente. Con la gente, la ilustre fascinación por el ataque de olores y color que las flores podían ofrecerte. Con una sonrisa, nació la pertenencia, y los sueños empezaron a sonar a verdades. Vasijas, platos, dibujos, letras, luego misiles, luego flores de nuevo. El hábito de crear y un brillito especial en los ojos le ganaba a cualquier queja, a cualquier hambre, a cualquier pregunta. El insaciable placer de colaborarle al jardín te invitaba, sin poder escapar, a perderte entre los colores. Colores que aquella semilla, padre de los pueblos, ahora único árbol de raíces frescas había regalado, por amor. Y nada que venga del amor podría estar corrupto. Miles de flores, entre la tierra, flores que no importaba de dónde venían, su valor no era su procedencia sino el hermoso escalofrío que te hacía sentir y las lágrimas en los ojos. Ojos humedecidos por una verdad, una única verdad, la única cosa que mueve montañas, y a veces hasta pantanos: estaban en casa, entre los tulipanes. Eran de acá, cerquita del cerro y del río, entre el sol y la nieve, entre las risas y el llanto de un nene, entre nosotros, que estamos

juntos y nuestras penas son las mismas. Entre ellos, pues aquel que pasaba cerca podía ver el hermoso jardín, pero no podía vivirlo. Vivirlo era solo de aquellos que tomaban la misma agua, que cantaban las mismas canciones y compartían los nuevos colores que iban encontrando día a día. Y la semilla creció y creció, bailando en la algarabía de haber construido este jardín tan hermoso y a su gente, cerquita del cerro y del río. Y sin darse cuenta, sus raíces comenzaron a visitar las casas de su pueblo.

La gente invitaba a las raíces del árbol a pasar dentro de sus casas, donde lo acariciaban, le daban agua y lo alababan. Ignoraban la destrucción de sus puertas o la propia sed, pues era el árbol quien dictaba su verdadera felicidad y palabras. Lo demás era accesorio y egoísta. Y ya, puertas adentro, las raíces se metían entre las camas, entre las paredes, y aunque no tenían ojos ni juzgaban, aquellos que vivían en lo que solía ser un pantano juraban que así lo hacía, y que todo lo veía. Que había reglas, decían, que el árbol y el hermoso jardín de flores de todos los colores solo viviría si ellos lo cuidaban, paso a paso, momento a momento. En algún lugar, comenzaron a pensar que todo era gracias a ellos. Que todo lo demás dependía, indudablemente, de su esfuerzo, de dejarle entrar a sus camas y sus paredes, y a pasar sed con tal de alimentar al ya muy grande árbol, que seguía creciendo y creciendo.

Con el tiempo, conocieron la chispa y conocieron la sangre que ésta podía causar. Conocieron las explosiones, el motor y las bocinas incesantes de un flujo de cosas listas para herir. Flujo que no parecía parar, y hasta hoy no parece haberse detenido. Conocieron la guerra entre los que creían otra cosa del árbol, y, con sangre y cabezas cortadas, juraron que las flores estaban a salvo. Con lenguas y picanas eléctricas, empezaron a olvidarse de ir a disfrutar entre los tulipanes, empezaron a sumergirse tanto en la diversión de torturar y sacar vísceras que el jardín empezó a no ser visto. Por eso fue que, aunque nadie se dio

cuenta, la primavera había acabado hace rato. Y ahora solo había raíces sanas del único, del primer árbol, raíces que no paraban de crecer y ocupaban todo el suelo y las casas todas también. Raíces que, secretamente, ahora parecían espadas y fusiles de asalto. Raíces que, inocentemente, tenían hambre de guerra, ya no bastaba el agua y la luz del sol. Mucho menos bastaba la devoción de su gente. Raíces que su pueblo supo entender: hay que salvar el jardín. Pero, ¿cuál jardín? ¿El jardín fantasma, aquel que solo vivía en su memoria? ¿Un mártir? ¿Un mártir manchado en genocidios y odio? ¿Un mártir que no habló nunca, y todo el mundo pensó entender? ¿Tal vez le hablaban al recuerdo de gente que ya había muerto? Aquellos que habían compartido con las abejas ese jardín tan hermoso, ¿dónde estaban? ¿Quién iba a predicar el amor, si las hojas ahora se alimentaban del odio? ¿Quién recordaría al que le cortaron la garganta por hablar en un idioma distinto al del árbol? ¿Quién recuerda al que perdió? ¿Quién le iba a decir a los chalecos (aquellos soldados de las raíces) que todo era mentira, que vuelvan a casa, que le den un beso a su mamá y acaricien a sus perros? ¿Quién iba a frenar los meteoritos? ¿Cuántas manos hacen falta para detener una bomba? ¿Cuántas muertes iban a sanar lo que estaba roto hace ya tanto? ¿Cuánta sangre iba a parar la sequía, devolver los colores, devolver la primavera? ¿Con cuántas cuchilladas se mata al invierno? ¿Las flores crecen debajo de la gente empalada? Con un cadáver entre ellas, ¿las lombrices preparan mejor la tierra? ¿Cuántas preguntas hay que hacerse para que una bala no te perfora el corazón? ¿Cuántas preguntas hay que callar, porque preguntar es el peor crimen?

En la nieve y las espinas, entre banderas y honores, marchan los chalecos. Con una mano en el corazón, hirviendo de orgullo, caminan hacia lo que creen que va a salvarlos a todos. Con un saludo y un abrazo, mandan meteoritos al cemento dónde las raíces no pueden entrar. Con una mirada gélida, se destierran las dudas entre sí. Si es necesario, a veces con golpes. Marchan al son de una canción que no comprendo, una canción en otro idioma, un

tecleo esporádico de notas de piano, un acento y una sonrisa con sabor a sangre. Marchan frente a sus prisioneros, como yo, deseosos de que entiendan (de una buena y santa vez) el mensaje. Y, con el hambre y el dolor de las cadenas como motor, uno casi que busca la redención, dejar paso a las raíces, aunque no las comprenda. Porque ellos marchan, con paso firme, bien vestidos, con el poder de los dioses y de la suerte de su lado, con el dinero para avasallar lo que crean necesario. Hoy entiendo que marchan por ese mismo jardín, aunque ahora las flores sean cadáveres. Marchan al son del metal del equinoccio, buscando la primavera donde no la van a encontrar.

“Bahuno”

“Sin buscar entender, ni entendiendo bien qué buscar.”

**El Narval de Papel es un taller literario, una revista antológica
y una comunidad de amantes de la literatura.**

Inscripciones abiertas todo el año.

Visita nuestra página web para saber más.



El Narval de Papel